PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIECTORES Pablo de Grecia—Jose Maria Delgado

Abril de 1921. Núm. XXXIV — Año V.

ITINERARIO ÍNTIMO

Necesario es poner un poco de claridad y de verdad en el ambiente intelectual que nos rodea. El papel impreso abunda cada vez más, a pesar de su carestía, y con él, la profusión de mentiras, de tonteras y de sonajerías literarias. Andan por ahí nuevas escuelas: el novecentismo, el cubismo, el dadaísmo y todos los simplismos imaginables... que no son sino la repetición de viejas cosas que, con nombres distintos, aparecen de vez en cuando por el mundo.

Todas estas cosas, que llenan el tiempo de los pobres de espíritu, pasarán, porque sólo viven de lo exterior y de las apariencias. No olvidemos que "lo que proviene de la parte más superficial y externa del alma humana, vive la vida del día, bajo el imperio de la moda, y desaparece en la corriente de sus veleidades y caprichos".

Al lado de estas "escuelas", han habido siempre los hombres que valen por sí mismos y que dicen, *a su modo,* lo que verdaderamente ven y sienten. Lo que dicen proviene "de lo más íntimo y recóndito del alma humana, y lo que sale de adentro no está sujeto a cambio alguno; lo mismo es hoy que ayer, que ma-

ñana y que siempre. El más antiguo de los profetas hebreos, vestido de una manera muy diferente de nosotros, habla todavía al corazón de todos los hombres, porque su voz arranca de su mismo corazón: y éste es el secreto único de continuar largamente memorable. *Porque nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada*".

Hombres que hacéis libros y ruidos de campanario con vuestros libros: esto dice Carlyle y es bueno que escuchéis a esta gran voz algo olvidada. Ved el concepto que tiene del poeta:

"Poeta es el que ve "el secreto manifiesto" de Gœthe; aquel misterio divino que está por todas partes en todos los seres; "la Divina idea del Universo", aquello que está, según la definición de Pichgte, en el fondo de la Apariencias; que está en todos los tiempos y lugares, que verdaderamente está ¡manifiesto a todo el mundo y visto de muy pocos o ninguno!"

Para ver esto se requiere "el gran corazón, el ojo sagaz y escrutador: aquí está todo; ningún hombre, sea el que fuere y sea la que fuere su carrera o profesión, podrá alcanzar cosa alguna sin estas condiciones".

"El poeta es el que piensa de una manera *musical*. Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que llegó a penetrar hasta lo más íntimo del corazón de las cosas y puesto al descubierto hasta lo más recóndito de sus misterios. Al poeta le hace su alcance de visión, como también su sinceridad. Ved y penetrad profundamente el interior de las cosas y veréis y penetraréis musicalmente; el corazón de la naturaleza comprende todas las armonías, toda la poesía y el poderío del ritmo: ved de qué manera podéis llegar hasta él".

"Sólo cuando el corazón del hombre es transportado, en alas de la pasión, a tal región de la melodía, y el acento mismo de las voces llega, según Coleridge, a convertirse por la grandeza, profundidad y música del pensamiento, en notas musicales, es cuando le podemos dar patente para rimar y cantar, llamándole poeta y escuchándole como lo heroico de los oradores, cuyo discurso es canto. Los pretendientes a esta categoría son muchos, y para el lector formal presumo sea, las más de las veces, la lectura de la rima tarea de las melancólicas, por no decir insoportable. La rima que no tenga íntima necesidad de ser rimada, debe decirnos sencillamente, sin acompañamiento alguno de sonajas, cuál es el objeto de sus pretensiones. Aconsejaríamos a todo hombre que *pueda* hallar su pensamiento, que en manera alguna lo cante; le haríamos comprender que en tiempos serios, y entre hombres serios, no hay vocación en él, ni mucha ni poca, para cantarlo. Precisamente porque amamos el verdadero cantó y lo estimamos y apreciamos como don superior de los cielos, aborrecemos de igual manera el canto no verdadero, y le consideramos como ruido gárrulo, campana rota, cosa enteramente superflua, insincera y hasta ofensiva".

Hasta aquí Carlyle. Para ser poeta hay que *sentir* el canto de la naturaleza en el corazón y que este canto brote de adentro de tal modo que, si no se lo dejara brotar, el corazón se rompería. Y como del poeta, podemos decir de todos los que se ponen a escribir. Para hacerlo, es necesario sentir la necesidad de "hablar sus pensamientos"; pero no de hablar para hacer ruido simplemente. El día en que los hombres sepan apreciar "la virtud del silencio", pocos serán los escritores y los poetas, pero ¡cuán bien escuchados y qué saludable y reconfortante influencia ejercerán sobre todos los demás!

Romain Rolland en "Juan Cristóbal — El Alba", expresa este mismo pensamiento:

"La tierra se hallaba oculta en la sombra; pero el cielo parecía iluminado por las estrellas que iban saliendo. Las pequeñas ondas del río lamían suavemente la orilla. De pronto, en medio de la oscuridad, echó a cantar Jottfried. Cantaba con voz débil, velada y como interior; no hubiera podido oírsele a veinte pasos de distancia. Pero se notaba en ella una sinceridad conmovedora; hubiérase dicho que pensaba en voz alta y que a través de aquella música, como a través de un agua transparente, se hubiera podido leer en el fondo de su corazón. Jamás había oído Cristóbal cantar de aquel modo y jamás había oído una canción semejante. Parecía venir de muy lejos e ir no se sabe dónde. Su serenidad estaba llena de turbación y bajo su aparente calma, adivinábase una angustia secular. Cristóbal no respiraba ni se atrevía a moverse; la emoción le había paralizado. Cuando hubo acabado se arrastró hacia Jottfried y le dijo con la garganta oprimida:

—¿Qué es eso, tío? ¡Dime! ¿Qué es lo que has cantado?

—No lo sé.

—¡Dime lo que es!

—No lo sé; es una canción.

—¿Es una canción tuya?

—¡No, no es mía! ¡Vaya una idea!. . Es una canción antigua.

—¿Quién la ha compuesto?

—No se sabe...

—¿Cuándo?

—No se sabe.

—¿Cuando tú eras pequeño?

—Antes de que yo naciera y de que nacieran mi padre y el padre de mi padre y el padre del padre de mi padre.. Siempre ha sido así.

—¡Qué cosa más extraña! Nadie me ha hablado nunca de ella.

Después de un momento de reflexión, añadió:

—Tío, ¿sabes otras?

—Sí

—¿Quieres cantarme otras?

—¿Para qué cantar otra? Con una basta. Se canta cuando se tiene necesidad de cantar No hay que cantar para divertirse".

Y ante la nueva pregunta de Cristóbal sobre si no se podían hacer nuevas canciones, él le dice: "¿Para qué? Ya las hay para todo". Y como Cristóbal insistiera en que él *quería* hacerlas, Jottfried le responde:

"Cuanto más quieras, menos podrás. Para hacerlas es preciso ser como ellos. Escucha .."

"Había salido la luna, redonda y brillante, detrás de los campos. Flotaba al ras del suelo y sobre las movibles aguas una bruma de plata. Cantaban las ranas y se oía en los prados la flauta melodiosa de los sapos El sagudo trémolo de los grillos parecía responder a la titilación de las estrellas. Murmuraba el viento mansamente en las ramas de los olmos y bajaba de las colinas que dominaban el río el delicado canto de un ruiseñor.

"—¿Qué necesidad tienes de cantar?—suspiró Jottfried tras un largo silencio. (No se sabía si hablaba consigo mismo o con Cristóbal). —¿Acaso no cantan mejor que todo lo que tú puedas cantar?"

"Músico, poeta, artista: la naturaleza lo es todo y sólo aquellos hombres que son como ella pueden serlo también. En arte, sólo hay que "hacer" cuando se siente imperiosamente la necesidad de exteriorizar lo que es "verdaderamente" está en la naturaleza y en nos-

otros. Pero no es posible "hacer arte" por hacerlo. Cuanto más se quiera, menos se podrá...

"Poeta es el que vive en la tierra, *sobre* ella; que se interesa en las minucias de la vida, pero no exclusivamente, como todo el mundo; que quiere "verlo y conocerlo todo", esencialmente; que "ama y busca para estrechar entre sus brazos la verdad"; cuyo espíritu se cierne sobre las cumbres ..

"El músico, el poeta, el artista, son como aquellos músicos del siglo XVII que continuaban inquebrantablemente su camino en medio de las guerras, del incendio de las ciudades, de los estragos de la peste... No tenían público ni porvenir; existían para sí solos y para Dios; lo que escribían hoy tal vez los anonadaría el día de mañana. Sin embargo, continuaban escribiendo y no estaban tristes: por nada del mundo perdían su buen humor intrépido y jovial; quedaban satisfechos con su canto y no pedían a la vida más que el vivir, el ganar lo necesario para mantenerse, el desembarazarse de sus pensamientos y hallar dos o tres hombres honrados, sencillos, verídicos, poco artistas, que seguramente no los comprendían, pero que tenían confianza en ellos y en quienes ellos podían tenerla". (1).

El poeta se conforma con poca cosa en cuanto a las minucias de la vida: ganar lo necesario para mantenerse y hallar dos o tres hombres "honrados, sencillos, verídicos" en quienes confiarse, nada más. Dadle esto y dejadle desembarazarse de sus pensamientos y de sus cantos. Éstos fluirán de adentro porque allí están verdaderamente y por ninguna otra causa.

El músico, el poeta, el artista, son sinceros y lo que hacen lo hacen porque sienten imperiosamente la necesidad de hacerlo: no les importa el juicio de la gente, ni el ridículo, ni el desprecio, ni la indiferencia, ni ninguna otra de esas minucias de la vida: sólo les importa su obra, el amor que ponen en ella y la satisfacción que les procura por sí misma.

(1) Romain Rolland. "Juan Cristóbal.—La Rebelión".

Al lado del artista, las "escuelas" de arte han florecido en todos los tiempos y lugares. Mediocres imitadores de los artistas que crearon en sinceridad y en verdad, su *originalidad* está en plasmar "formas" nuevas, que no son lo más a menudo sino dislocaciones del estilo de los creadores, "que pintaron con amplitud". Preocupados de las exterioridades, ofician, generalmente, en ellas las vanidades de sus cultores verbalistas. A esta gente preocupa la palabra, la forma, la apariencia. "Tienen miedo a lo "ya dicho". Su arte "puramente estéril" está "lleno de ingenio y de habilidad". Pero escudriñad lo que hay adentro: "ja más se siente en él una fuerza de la naturaleza"; no palpita en él "la vida, la vida fecunda, engendradora de los siglos futuros"...

Hombres que hacéis libros y ruidos de campanario con vuestros libros: tened en cuenta que "no hay que cantar para divertirse"; que "lo que proviene de la parte más superficial y externa del alma humana vive la vida del día, bajo el imperio de la moda", solamente, y que "nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada".

ALBERTO BRIGNOLE.

AÚN NO

No puede ser, abate pensativo.
¡No puede ser aún! ¡Es muy temprano!...
Estas diez yemas suaves de mis manos
ardientes frutos son de coral vivo.

¡No puede ser! Mi huerto sensitivo,
por sus sendas tu paso halla profano,
y está colmada de jugosos granos
la vid que se recuesta al cerco esquivo.

¡Mírame bien los brazos y los labios!
¿Crees que acoger en ellos fuera sabio
el arrepentimiento del pecado,

esa planta parduzca y espinosa,
que nace en los terrenos agotados
donde no pueden ya brotar las rosas?...!

LAYLY DAVERIO.

NUESTROS POETAS

Fragmentos de un estudio

Son numerosos los jóvenes que en nuestro país cultivan la poesía. No pasa año sin que seis u ocho nuevos vates pongan sus nombres en las tapas de un libro. Hay aquí una exuberante floración poética. Nuestra selva lírica es enorme. Mucha gente canta, pues, entre nosotros. ¿Pero todos los que cantan son ruiseñores? No, por desgracia. En esa enorme selva lírica hay también pajarracos, o cuervos que se creen magníficos cantores y dejan caer tontamente el pedazo de queso en la boca del zorro adulador.

Entremos ahora en esa selva lírica, no como Satanás, *"ce braconnier de la forêt de Dieu"*, (1) no a sembrar el mal en ella, mirando con ojos torvos todo lo que hay en ella, sino amorosamente, con fuertes deseos de encontrar mucho de bueno, y poseídos de aquella esencial amplitud de espíritu con la cual pueden saborearse todos los géneros de belleza, como derivados de una fuente única. De otro modo, torva o sombríamente, o con mente estrecha, o con un corazón seco, o con la ignorancia fatua del que, sintiéndose incapaz de analizar profundamente una obra, deja escapar estupideces, contrasentidos o insípidos comentarios, la crítica se convierte en una solemne majadería, en un desahogo de pasiones y de vanidades.

Muchos árboles raquíticos encontramos en la selva

(1) Víctor Hugo. "La légende des siècles".

lírica uruguaya; muchos troncos carcomidos; muchas raíces débiles; mucha hojarasca. Pero hay en ella árboles vigorosos, umbrosos follajes, fraganciosas flores, frutos exquisitos.

No hablemos de lo raquítico; hablemos de lo que tiene vida fuerte, sana, luminosa. Prescindamos aquí de la hojarasca verbal con que muchos jóvenes llenan las páginas de sus libros o de sus folletos; prescindamos de la falsa vocación poética; de los "raptos líricos" de muchos jóvenes, que muy pronto se van, como las erupciones de ciertas enfermedades; de los malos versos escritos por la vanidad de una figuración momentánea; prescindamos de todo eso, y hablemos con amor de todo lo noble, de todo lo fuerte, de todo lo sincero que encontramos en algunos libros de versos publicados en estos dos o tres últimos años. No recordemos la lira floja, vacua, desmayada, que no tiene su asiento en el alma del poeta o en la vida. Recordemos la otra, la que se pulsa con el corazón, la que el poeta verdadero lleva consigo, como una vida dentro de su vida, y de la cual brotan los versos como el aroma brota de las flores, como la luz brota de las estrellas.

El arte es vida, emoción, armonía. No hay arte, no hay belleza antigua o moderna o actual: el verdadero arte está libre del tiempo. Cada siglo que pasa remoza más al viejo Homero; don Quijote es siempre actual, y, por lo tanto, vivirá mientras viva la humanidad. Las fuentes de la belleza no envejecen nunca; no pierden la frescura de sus aguas; no languidecen, no caducan: el beso de los siglos no las agota, antes, al contrario, aumenta su caudal de agua vivificante. Hay ideas y emociones que resisten al tiempo devorador, a todas las transformaciones morales e intelectuales del mundo. La obra de arte que contenga esas ideas y emociones vivirá mucho tiempo: el soplo de lo antiguo da lozana juventud a los libros que vuelcan ideas

modernas en los moldes clásicos de la belleza. Hay ciertas líneas de arte — podríamos decir — que son invariables, que son eternas. Apartándose de ellas, se falta a la armonía, a la belleza del conjunto; se quiebra, se disloca la obra de arte. El arte se llena entonces de impurezas o de cosas que le son ajenas.

Pero no salgamos de la selva lírica uruguaya. Estudiemos sus árboles lozanos. Ante todo: ¿qué es la poesía para nosotros? Lugar de reposo; sombra benéfica; agua cristalina que corre; brisa, susurro, grito de la naturaleza; "prado de bienandanza", cielo estrellado, aspiración infinita; y, sobre todo, quietud, mucha quietud. Pero se dirá: ¿y la otra, la poesía triste o inquieta, o de hondas ideas? Aún así, pues lo triste, lo inquieto y lo hondo, cuando se expresan en artístico verso, son cosas dulces, suaves, aquietadoras.

El arte aquieta las cosas. Por lo menos, el arte que nosotros preferimos. Las más hondas inquietudes se suavizan al vibrar en la palabra del artífice. Así queremos nosotros que sea la poesía: dolor aquietado. Lo supremo del arte está en la serenidad que esconde lo inquieto. La serenidad unida a la emoción Tal es, para nosotros, la verdadera poesía Esta no puede existir sin esas dos cosas. Hay muchos poetas en la exterioridad de la palabra; pero hay pocos poetas con alma, con vida. Muchos poetas ignoran la embriaguez de la poesía y guardan un corazón impasible: construyen sus versos, fabrican sus versos, pero ellos no viven sus versos. El verso es para tales poetas algo de postizo; un ropaje que ellos adquieren para adornar el alma: no arrancan del alma la poesía, sino que la traen de afuera, para que el alma se regocije en una fiesta de luz y de sonido.

Brillan esos versos; pero no es oro todo lo que reluce.

Hay oro verdadero, y de buenos quilates, en algunos de nuestros jóvenes poetas. Uno de los que con más simpatía se nos presenta en este breve estudio es Enrique Bianchi, autor de "El silencio doliente". (1)

¿Qué género de poesía encierra ese libro? Un dolor sereno, aquietado, vibra en las páginas del libro; una sobriedad encantadora lo vigoriza; cierto sabor clásico lo hace seductor, y la tristeza que anida en él es una dulce tristeza, una respetuosa tristeza, esa misma tristeza con que se construyen las vidas puras y diáfanas. Leed el bellísimo soneto titulado "Tramonto":

Déjame apoyar más, dulce tristeza, — En tu brazo fraterno, que el camino, — Andándole contigo, — el peregrino — No siente ni amargura ni aspereza. — Déjame apoyar más. En tu terneza — Bebió mi corazón licor divino... — Ya no lloro lo amargo del Destino — Y la cruz del dolor ya no me pesa!... — ¡Oh, la enseñanza de tu amor sereno — Cómo idealiza este sufrir terreno!... — Ha mucho tiempo, hermana, que quería — Trocar, sobre mis sienes autumnales, — Las rosas de las locas saturnales — Por el grave laurel de la elegía...

---

(1) De algunos poetas excelentes, como José María Delgado, Luisa Luisi, Juana de Ibarbourou, Alfredo C. Franchi, Casaravilla Lemos, Manuel Benavente y otros, el autor de este artículo ya ha hablado. Por eso no incluye sus nombres en este trabajo, que no es sino fragmento de un estudio sobre la poesía uruguaya. Y no cita tampoco a María Eugenia Vaz Ferreira, que figura entre lo más descollante en poesía, porque se propone escribir muy pronto acerca de ella, con la extensión que se merece. Ni tampoco se habla aquí de viejos poetas consagrados como Zorrilla de San Martín, Frugoni, Roxlo, etc.

Esto sí que es oro, oro puro. Arte verdadero. Todo lo que Bianchi expresa en ese soneto, puede decirse que es su programa de poeta. Ama el dolor, ama la tristeza, pues sabe que el dolor y la tristeza construyen las cosas más bellas de este mundo. ¿Qué se asienta sobre la alegría sino lo efímero, lo deleznable? ¿Qué más lejos de las vanas pompas y de los vanos ruidos del mundo que el dolor y la tristeza? ¿Qué nos ayuda más a contemplar y a meditar que el dolor y la tristeza? Ved lo que dice el poeta en esa otra filigrana titulada "Idiosincrasia":

Soy un contemplativo. No pregones — El sonoro clarín de la Victoria: — Bajo el rancio blasón de mis portones; — En mi frente, remanso de visiones, — No van bien, ni tus épicas acciones, — Ni ese casco de bronce de tu gloria!... — Yo no amo la pompa ni el ruido — De tus aúreos arneses triunfadores, — De tu vibrante y metálico sonido. — Yo busco nada más, algún florido — Alegre zarzo en que colgar mi nido — Y un rayito de luz en mis amores. — Nací para soñar. Como la fuente, — Yo sólo puedo reflejar la huella — Sublime del azul; la aurora riente, — Y la tarde, dormida en el Oriente .. — A mi alma llega la emoción doliente, — Del Amor, de la rosa y de la estrella!...

En efecto: todo el libro de Bianchi es, puede decirse, como el reflejo de una huella sublime: es lo inmaterial lo que anima sus páginas. Cuando el poeta se dirige a la amada de sus ensueños, piensa en sus ojos, busca sus ojos o pide sus manos para entrelazarlas con las suyas... En los ojos de la amada, en el espíritu de la amada está todo el poema que él busca.

Este canto a los ojos, este amor a los ojos acusa una honda vida espiritual, que es el sello característico de "El secreto doliente". Una honda vida espiritual que se proyecta hacia lo pasado, y añora épocas de esplen-

dor, de arte, de ensueños. Ved lo que dice en la magnífica poesía titulada "La patria espiritual":

Yo añoro de otros siglos hidalgos y guerreros — El alma romancesca, altiva y denodada, — Que tanto defendía de un claro amor los fueros, — Como en la fina cota de aquellos caballeros — Brillaba cual la hoja límpida de una espada!... — Añoro el porte austero de aquella edad pasada: — El jubón y la gola de inmaculada albura; — La resonante espuela; la pluma ensortijada, — Y el gentílico embozo de la capa terciada — Que en un costado alza gallarda empuñadura! — Quisiera un nombre ilustre de timbre bien sonoro, — Cuyo decir arcaico evoque luenga fama — De combatir bizarro y de imperial decoro; — Jurar, puesta la mano sobre la cruz de oro: — ¡Por Dios y por mi Patria y por mi augusta Dama! — Sentir sobre mi frente el aura castellana, — Que en tantas frentes puso un beso de ilusión: — Y fatigar la Gloria en tierra muy lejana... — Y luego, bajo el lírico amor de una ventana, — Partirme el encendido clavel del corazón!...

He ahí una soberbia evocación de las épocas caballerescas. Pocas poesías castellanas del mismo asunto conocemos que puedan ponerse al lado de la que hemos transcripto.

HORACIO MALDONADO.

HOLOCAUSTO

Está llena de paz la tarde quieta,
el agua pura duerme en las fontanas,
y se vuelca un silencio ultravioleta
sobre las lejanías tramontanas.

Hay humedad de noche en las tempranas
eras, y la vacada muje inquieta
a la luna piadosa que interpreta
el alma de las místicas aldeanas.

Va una zagala de catorce años
junto a un rubio pastor que sus rebaños
conduce más allá de abruptas lomas,

en tanto el horizonte en fuegos arde,
y en el ara sangrienta de la tarde,
hay un blanco holocausto de palomas!...

ASPIRACIÓN

Si yo pudiera concebir
y sin esfuerzo realizar.
O en una barca navegar
por suaves mares de zafir.

Y así vivir sin combatir
en un perpetuo renunciar.
Y en una playa frente al mar
tenderme, un día, a bien morir.

Que una sirena me raptara
enardecida, en una clara
mañana ardiente y estival.

Y que entre todas más avara,
eternamente me guardara
en su palacio de coral...

CARLOS CÉSAR LENZI.

A los colaboradores de PEGASO nos complace añadir el nombre de Carlos César Lenzi, poeta joven y ya consagrado por la aristocracia de su musa. Los dos sonetos que publicamos pertenecen a su próximo libro "Los votos estériles".

GOTAS DE TINTA

El eterno carnaval de la vida, tiene el raro privilegio de interesar a los mismos máscaras humanos: ríen las comicadas serviles de los histriones políticos, disfrazados de patriotas; los moralistas, con su antifaz de media cara, dejan adivinar su culto al amor libre, al vino, y al juego; el Amor comercia con el lujo y engaña a la Virtud; el lacayo habla mal del amo y usa los hábitos de éste; el señor desprecia al criado y hace de él un secretario de sus miserias; la plebe combate a la aristocracia y copia sus costumbres; y el aristócrata repudia al obrero que trabaja el sustento de ella.

El hombre puede poner un freno a las pasiones de la mujer y no es capaz de dominar las propias.

En el corazón del hombre, al llegar a la senectud, el recuerdo de sus pasiones revive con más fuerzas como en los muros viejos trepa mejor la yedra, cubriéndolos de verdor.

La sociedad mide a los hombres por su bolsillo y no por su talento; el talento es el águila del sistema monetario intelectual; la virtud es la moneda más rara en las instituciones bancarias de la moral; la ignorancia es la ficha corriente en los pagos del vicio; la hipocresía y la modestia, los billetes más fáciles a la falsificación en el tesoro humano.

El guiño es la subrayación de un dicho intencionado; es la acentuación aguda de una frase maliciosa; es un signo provocativo de los ojos en la cara agraciada de una mujer espiritual.

La paradoja es una evasiva de lo justo; es la balanza en la que cada platillo pesa una porción igual de mal y bien.

Si para que mis amores llegaran a tu alma, tuvieran que entrar por la puerta de tus ojos, vacilaría, entre visitar el santuario de tus sentimientos o permanecer arrodillado ante aquella portada de luz.

El amor es el volante perpetuo de la humanidad: lo arroja un sentimiento y lo devuelve un capricho, que es rechazado por el corazón reputándolo una trampa.

En la entrada de un viñedo. — La hoja: el traje del pudor. La uva: el vino que desnuda a la vergüenza.

El corazón es el emblema de la caridad, por eso es tan pródigo en amores con la humanidad necesitada de cariños.

El primer amor de la mujer es su última muñeca; el último juego del hombre es el amor; la mujer es la muñeca del hombre, y el amor el mecanismo que pone en juego sus sentimientos.

Es indudable que los sueños de las mujeres rubias, toman el dorado matiz de sus cabellos; lástima que éstos se presten al artificio y aquéllos se tornen irrealizables.

El mundo comedia es, por eso al asistir a un drama real de la vida, no reparamos en el dolor que causa, sino en el juicio que de la sociedad merezca ese dolor.

En el teatro se exhibe a la humanidad en toda su más exacta perfección o su más horrible deformidad, con todos sus pecados y virtudes. En el escenario de la vida, con el telón de la hipocresía, la humanidad oculta sus miserias.

La mujer sin encantos para la seducción, suele atraerse una corte de aduladores oficiosos, como un arbusto torcido un círculo de palos inservibles.

Buscar la traducción de una mirada en el fondo de unos ojos negros, es como preguntar al abismo el secreto que trajediza los misterios de hondo silencio.

FAUSTINO M. TEYSERA.

POEMAS

Arbolito

Arbolito plantado al borde del sendero,
tu anémico follaje mira pasar los hombres,
estos hombres tan bastos de la ciudad, que nada
saben de tus deseos ni de tus ilusiones.

Cual tú, pobre arbolito de anémico follaje,
que das al caminante tus desdeñadas flores,
yo voy, pobre poeta, dándole florecillas,
e indiferentes pasan como ante ti estos hombres.

Comunión

Estrellita de oro que esplendes en el cielo
profundo, tú eres como una flor encendida;
asómate a mi pecho como un lago: tu imagen
la verás en mi pecho, estrellita.

Porque mi corazón en esta noche
de un azul tan profundo, te mira,
y, cual tú, estrella hermana,
en la existencia oscura de los hombres rutila.

Las luciérnagas

Se iluminan las casas
y en el cielo, las pristinas estrellas;

vagando por la brisa van errantes
las sutiles luciérnagas.

Así por el crepúsculo
de la tarde, se van, entre la bella
diafanidad del céfiro,
errantes y encendidas mis ideas.

Hoguera

Los niños echan ramas secas en la hoguera
y a su alrededor, trineantes, ríen, cantan.
Así son mis recuerdos: ramas secas
que de mi vida quémanse en la hoguera
y a mi alrededor observo que los hombres
indiferentes pasan, gritan, o corren...

Ruego

El sol dora las tumbas del cementerio: pone
su túnica de oro sobre las lozas frías.
¡Oh sol, que el áureo manto de tus oros corone
las losas funerarias de las tristezas mías!

ERNESTO MORALES.

LA DOMA

Para su propio provecho, o por cuenta de los estancieros, Muniz se dedicaba a la doma de potros.

Era entonces esta tarea, una de las más bellas y fuertes de todas las labores campesinas. En ella no sólo se evidenciaba la habilidad y la fuerza, sino también el coraje.

Muy de mañana, cuando aún el sol se hallaba oculto, el domador empezaba a ceñir su recado en el lomo del potro, que desde la tarde anterior estaba prisionero en el palenque.

Pronto el caballo, después de haber intentado en vano resistirse, el gaucho siéntase, ágil, sobre sus lomos.

Es entonces cuando el potro, libre del cabestro que lo sujetara al palenque, emprende rápida carrera, intentando en sus corcovos librarse del jinete.

Inútiles empeños. Como si clavado fuera en los lomos del caballo, el gaucho instígalo a la carrera, haciendo sangrar sus ijares con la "llorona", mientras el rebenque golpea sus ancas. Y el bruto, desesperado, furioso ante la inutilidad de sus corcovos, salta desordenadamente, escondiendo unas veces la cabeza entre sus patas, levantando, otras, su cuerpo perpendicularmente sobre sus patas traseras.

De pronto el animal se detiene, sudoroso, jadeante, echando espumas por las fauces. En vano la "llorona" aguijonea sus ijares; él está como insensible ante su martirio. Se diría que una idea se revuelve en su cerebro, prometiéndole la terminación de aquel episodio.

La riendilla lastima su boca, manejada por el jinete, quien tiene interés en que aquel descanso del bruto no se prolongue. Hasta el rebenque tiene sangre en la sotera Todo es en vano; el animal permanece como ensimismado hasta que, recobradas sus fuerzas, y como poseído de un vértigo, emprende de nuevo la carrera, perdiéndose detrás de una cuchilla.

Por largo rato los bajos son testigos de aquella lucha esforzada y bella.

Se diría que cruza el potro por encima de las gramillas, sin tocarlas, siquiera; tanta es la ligereza con que salta y corre, en su desesperación por verse libre de aquel hombre que, encaramado en sus lomos, lo azota bárbaramente, mientras él se encabrita más y más ante los golpes que recibe y la imposibilidad de su venganza.

Y mientras las fuerzas del caballo se agotan poco a poco, a causa de aquel ejercicio violento y desusado, el jinete continúa como nacido en sus lomos, siempre aguijoneando sus ijares con las "lloronas" y golpeando sus ancas con el rebenque, mientras la riendilla martiriza su boca, deteniendo a su antojo la carrera del bruto.

Si el gaucho es jinete, el final de la lucha se presiente: es la vuelta a las casas, con la cabeza extendida, el potro, nervioso y jadeante, sin fuerzas para continuar luchando con el hombre, que firme en sus estribos, erguido sobre los lomos del pobre bruto, aún lo incita a una lucha que éste no puede aceptar ya.

A la mañana siguiente se reanuda entonces la doma, y así por muchos días, hasta que el potro ha dejado para siempre sus rebeldías, para convertirse en el dócil y noble compañero del gaucho.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ.

(Del libro que acaba de aparecer, "Crónica de Muniz").

CUADERNA VÍA

Alma mía, eres loca de atar,
al son que tocan sales a bailar:
tambor enlutado, guzla de juglar,
de todo haces danza, eres loca de atar.

Por los olorosos prados de tomillo
tus pies se entrecruzan con gesto sencillo
bajo la armoniosa voz del caramillo;
lo mismo te fuera la flauta del grillo.

Corro bullicioso te formó la gente
porque a todos places ¡oh alma inocente!,
danzando desnuda, bella y sonriente.
Mas ya verás luego cuánto indiferente.

Verás, cuando sea la noche cerrada
y el frío te muerda, y ruedes cansada;
puerta a la que llames estará atrancada
y en ninguna casa te darán posada.

—Bien están razones en boca de viejos,
mas para mi danza huelgan los consejos;
—dijo, y sonreían sus labios bermejos.
La muerte venía cantando a lo lejos...

METAMORFOSIS

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana,
es una copa de oro el espinillo,
o es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!...
Pero no es una flauta; en un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana

gotas de agua sonora. ¡Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar el campo esta mañana!

CONRADO NALÉ ROXLO.

He aquí los versos de uno de los más jóvenes poetas platenses. Trátase, sencillamente, de una revelación Conrado Nalé Roxlo es sobrino de Carlos Roxlo, el vate nacional, y recién comienza a internarse en el bosquecillo sagrado. La esperanza no puede ser más alta.

EL AFORTUNADO SEÑOR ENRÍQUEZ

(Conclusión)

—¿Qué desea usted, señora? — preguntó S. E.

—Señor Ministro, yo vengo a distraer la atención de S. E. por un asunto que ha de interesarle. Tengo la seguridad, porque es un asunto de utilidad pública — subrayó Renata, que, dominando las expresiones socorridas, escogía la más a propósito para conmover a un Ministro novicio.

—Muy bien. Veamos, señora.

Renata creyó oportuna una divagación convenientemente engarzada en una de sus sonrisas más eficaces. Y divagó:

—La posición de S. E. es envidiable... ¡No por los honores, sino por el bien que puede hacer... ¡Hacer el bien! ¡Ah, qué hermoso programa de gobierno! ¡No debiera haber otro!

—Desgraciadamente lo hay — dijo el Ministro con tono sentimental. —¡Y es el programa del egoísmo!

—Pero yo sé que no es el suyo, señor Ministro, — protestó Renata. ¡Yo sé, como todo el mundo, que S. E. hace mucho bien!

—¡No tanto como yo quisiera! — suspiró el joven Ministro, al tiempo que se pronunciaba en su frente una flamante arruga de pesimismo político. Él había

luchado con tesón, con entusiasmo, por idealidad. Deseaba conquistar una de esas posiciones desde donde, con buena voluntad, se puede corregir en algo los olvidos de la Providencia... ¡Pero, qué había hecho desde hacía un año? Arrojar cuatro migajas y un millón de promesas a su alrededor...

Y se interrumpió de pronto, como si su conciencia le tirara de una oreja, para recordarle que en antesalas esperaban muchos desgraciados, porque dijo con expresión perentoria:

—Bueno, señora, vayamos al grano, que espera mucha gente.

—Tiene razón el señor Ministro—dijo Renata, mordiéndose un labio, pero sonriendo siempre.

Y le tendió el consabido papelote de la consabida propuesta del señor Enríquez.

S. E. fijó con solemnidad su atención en el pliego, pero a medida que avanzaba en la lectura, iba frunciendo el entrecejo.

—Señora: — dijo interrumpiendo de golpe la lectura — lamento mucho manifestarle que nunca daré mi aprobación a esta propuesta.

—¿Por qué, señor Ministro? — interrogó Renata, no tan desconcertada por las palabras como por la voz agria con que habían sido emitidas.

—Porque, señora, — explicó S. E. — hay en estos momentos muchas cosas infinitamente más importantes que reclaman la atención de los estadistas y los dineros públicos. Esta es una obra tan onerosa como superflua, y, de llevarla a efecto, sonaría a sarcasmo en los oídos del pueblo, que en esta hora de crisis necesita pan y no lentejuelas, señora!

—¡Lentejuelas, señor Ministro! — protestó Renata con dignidad.

—Cosas baladíes, de relumbrón, que es lo mismo, señora.

—Pero, señor Ministro .

—Con los mayores respetos, le ruego que no insista, señora, — dijo S. E. interrumpiéndola con ademán cortés pero enérgico. Estamos robando el tiempo — añadió — a gente que viene a verme por necesidades serias y urgentes...

E inclinándose en una reverencia cuyo significado de despedida era inequívoco, dijo:

—He tenido un gran honor, señora ..

Sin embargo, Renata, llamando en su auxilio todos sus insinuantes recursos, que nunca habían fallado, insistió:

—Parece que S. E. quisiera indicarme la puerta. .

—Efectivamente. Pero no es el caballero, señora, es el Ministro que cumple con su penoso deber..

Y al tiempo que arrojaba al recipiente de la historia esta frase catoniana, oprimió el botón eléctrico, a cuyo conjuro apareció el secretario antes que Renata tuviera tiempo de decir jota.

—Haga pasar al que le corresponda el turno, ordenó S. E. al secretario, con voz firme.

Renata, comprendiendo que ya nada justificaba su presencia en el campo de batalla, se inclinó con dignidad herida, y abandonó el despacho del joven Ministro, llevando una espina clavada en el corazón.

VI

—¡Un cursi! — exclamó Renata despectivamente, sintetizando sus impresiones, cuando el señor Enríquez le preguntó qué le parecía el nuevo Ministro.

Pero tal vez no era precisamente despecho el sentimiento que la embargaba, porque sin satisfacer la curiosidad de su esposo, fué a someterse silenciosamente a una crítica minuciosa del espejo. Si los movimientos exteriores pueden iluminar algo del interior humano,

afirmamos que Renata estaba bajo la influencia de terrible incertidumbre. ¿La juventud del nuevo Ministro prefería la belleza platónica de sus quimeras políticas a su belleza de carne y hueso, real y palpitante? ¿Había que pensar, por consiguiente, que se trataba de una desviación de la sangre juvenil en el objeto de su fiebre, o que ella, Renata, ya no podía ser el objeto de esa fiebre? No era de olvidar que pasaba de los cuarenta...

La solución de este terrible enigma era lo que sin duda quería Renata arrancar al espejo. La prueba del fuego para sus ilusiones.

El señor Enríquez, que ya se sentía alarmado ante el eclipse pertinaz de su buena estrella, contra su costumbre buscó a su mujer para que le diera detalles de la entrevista. ¿Cómo no había de alarmarse si ya las primeras deudas empezaban a abrir rumbos en su lujosa nave doméstica, hasta entonces bien a flote?

Encontró a Renata ante el espejo, pero ya no se miraba en él, sino que, hundida en su butaca, se recogía en actitud de torturante preocupación. Es que aquella flor de coquetería, al fin se doblaba marchita sobre su tallo, ante las mismas aguas del espejo que reflejaban su triste verdad de hoy como habían reflejado su hermosa y efímera realidad de ayer.

—¿Estás enferma, Renata? — inquirió el señor Enríquez.

—No — contestó ella con sequedad. — Un poco de jaqueca. — Y se fué a acostar.

Pasaron unos meses.

La situación financiera de los Enríquez se había tornado desesperante. La nave hacía agua por todos lados. Si no se le aplicaba un calafateo heroico, naufragaría indefectiblemente.

Fué entonces que se pensó en don Remigio. Este era un pobre viejo avaro, que yendo camino de la sepultu-

ra abrumado bajo sus talegos, tropezó un día con Gloria. De inmediato, el vejete se presentó al mostrador de los Enríquez dispuesto a adquirir aquel juguete para su infancia senil, pero se encontró con una mueca de desprecio desfigurando el bello rostro de la codiciada muñeca. Haría dos años de este suceso. Desde entonces el viejo se había recogido hoscamente en su oro como un caracol, pero los Enríquez padres no lo olvidaban, considerándolo previsoramente como recurso de reserva para un caso de necesidad.

Llegado el momento de apelar a tal recurso, no vacilaron. Extremó Renata el tocado de su persona, y con la juventud resplandeciente de una estrella de Café Chantant, fué a introducir su nota de primavera escenográfica en la fría y mohosa casa de don Remigio.

Renata sonrió al viejo dulcemente.

—Don Remigio — díjole — he venido a usted con todas mis esperanzas... Hay momentos en la vida en que es necesario poner a contribución la bondad de los buenos amigos... Mi marido necesita cierta cantidad de dinero para un negocio brillante, y espera que usted tenga la bondad de adelantárselo, fijándole los intereses de práctica, naturalmente...

—Señora — repuso don Remigio con la franqueza de los viejos — yo no presto dinero. Pero si su hija Gloria quiere, puede prestar a ustedes todo el dinero que necesiten...

—¡Pero don Remigio! — exclamó Renata radiante al confirmar la contumacia del viejo — ¡yo venía creyendo que ya se había olvidado de mi hija! Es usted incorregible, mi querido don Remigio...

—¡Lo dicho! — afirmó el viejo.

Renata tuvo entonces ternuras maternales:

—Vamos, don Remigio, — aconsejó dulcemente — sea usted juicioso... Bien sabe que mi hija tiene novio, y que no le podemos imponer su candidatura, por más simpática que nos sea...

—¿Novio?... — silabeó el viejo con socarrona incredulidad.

—Sí. El joven Sergio Maura.

—¡Ji... ji... ji!... — chirrió, como una carraspera, la risita del viejo.

—¿Por qué se ríe? — preguntó Renata desconcertada.

—¿Pero cree usted que yo vivo en la luna? Ese joven era el novio, pero ya no lo es. Hace cuatro meses que la dejó... ¿No lo sabía?...

—La verdad... yo... — tartamudeó Renata.

—¿Por qué la dejó? No cabe duda que por el mal paso de su hermana Margot... que levantó el vuelo, si mal no recuerdo, con un tenor italiano... ¿no fué un tenor italiano, señora?

—Don Remigio — rogó Renata ensombreciéndose— le suplico que no me recuerde esta terrible desgracia...

—Sí, en efecto, un tenor italiano, ahora recuerdo bien — afirmó el viejo inexorablemente, no por ensañarse tal vez, sino por el gusto de arrancar un recuerdo indiscutible a su debilitada memoria.

Y añadió:

—Pero yo no cometo la torpeza de ese mozalbete haciendo caer sobre Gloria lo que sólo debe caer sobre su descarriada hermana. Estoy dispuesto a darle mi nombre ahora mismo.

—No, don Remigio, no insista. Gloria no puede quererlo porque está enamorada de ese joven, y es inútil... Está realmente enamorada. Si usted la viese no la conocería más. ¡Tan cambiada está!

En esto no mentía Renata. Gloria, mujer al fin, estaba enamorada, y se sintió morir cuando su novio la abandonó a raíz del escándalo y la mácula arrojada sobre la familia por su hermana Margot.

—Ese mal se cura pronto. ¡Romanticismo! — diagnosticó el viejo con desprecio.

—Usted lo ha dicho: romanticismo, — confirmó Renata — pero en Gloria no es un mal que se cura pronto, como usted cree. Porque, a serle franca, mi hija no pasa de una muchachita romántica, que, al fin y al cabo, no sirve para usted .. Comprendo que no debo ser yo la que se lo diga, pero no hay más remedio... Lo que usted necesita, es una mujer de verdad, una mujer que sepa comprenderlo, que sepa quererlo...

—No, no; Gloria, Gloria, es la que yo necesito — repetía el viejo con la terquedad de un niño.

—Sí, don Remigio, una mujer de verdad... ya hecha... y ¿por qué no decirlo? Así... como yo...

Renata había atacado a fondo. Ella sabía que su hija no cedería, y se había propuesto desviar hacia su persona el capricho senil de viejo.

—Así, como yo... — repitió Renata lánguidamente.

El viejo fijó su atención en la madre. Esta, creyendo conquistarlo, menudeó sus insinuaciones, y fiando el éxito a la exageración, condimentó aquellas insinuaciones con expedientes de cocota. Pero el viejo se puso de pie como mordido por una víbora, y arrojó sobre Renata esta frase terrible:

—¡Para carne vieja me basta con la mía!

Fué el mazazo de gracia descargado sobre las últimas ilusiones de Renata, sobre esas modestas ilusiones que le habían permitido abrigar la esperanza de hacer surgir de las ruinas de su belleza, aprovechando sabiamente sus últimos vestigios, una segunda juventud artificial, a base de cosméticos y bermellones, de estucos y albayaldes.

VII

Pues señor, no sabemos qué mide más con la vara del mal, si el paso de Margot, dado por su propio impulso y consejo, o el paso que los esposos Enríquez, con su consejo y autoridad, querían hacer que diese su otra hija. Porque después de la entrevista de Renata y don Remigio, aquéllos resolvieron prestar su tercería a las pretensiones del viejo.

Y esa misma tarde llamaron a Gloria.

La pobre joven había sido abandonada por su prometido poco después del paso de Margot. Este último suceso tuvo la virtud de concentrar sobre la familia, todas las miradas del gran conventillo social, de manera que hasta los más íntimos secretos de los Enríquez pasaron a la gacetilla. Y en esta disección, el nombre de Gloria debió haber sido susurrado al oído del joven Maura, por la comadre más despierta. Hay tres razones que dan pie a tal hipótesis: una de carácter histórico, y es el pasado de Gloria; otra, simplemente material, y sería la circunstancia de que el joven Maura haya tomado la determinación de dejarla una semana después del suceso Margot; y la tercera, de carácter moral, y es la consideración de que el joven Maura era lo bastante ecuánime para no hacer pagar a su adorada novia, con bíblico ensañamiento, la falta de su hermana.

En cuanto a Gloria, había sufrido una honda metamórfosis. Su corazón de mujer, dormido hasta entonces, había despertado con fuerza, y fué como un desgarramiento que conmovió las fibras más íntimas de su vida, el hecho doloroso de la partida del hombre amado, que se alejó en silencio, sin una palabra de adiós ni de explicación. ¿Explicación? ¿Es que ella la necesitaba? No. Ella acababa de comprender que había hecho su camino al revés, marchando de los sentidos al corazón, de la periferia al centro radiante del gran sentimiento... Y lloró, lloró, lloró...

Compareció, pues, Gloria al despacho del señor En-

ríquez, donde la esperaban sus padres en solemne silencio.

El señor Enríquez, con tono de circunstancias, tomó la iniciativa:

—Gloria — le dijo — habiendo sabido don Remigio que ese joven que decía quererte te abandonó, ha vuelto a pedirnos tu mano. Como es natural, nosotros le hemos manifestado que nos atendríamos a lo que tú resolvieses. Por nuestra parte, tu madre y yo, creemos de nuestro deber influir en tu ánimo para que no arrojes por la ventana, como la otra vez, esta brillante oportunidad que se te presenta.

—Papá — contestó tristemente la joven — yo no me casaré ni con don Remigio ni con nadie.

—Me esperaba — repuso el padre — esa respuesta, que es hija de tu actual estado de ánimo. Pero mi deber es insistir. El amor, hija mía, es una costumbre de nuestro espíritu. Y así como te habías habituado a querer a ese joven, mañana te acostumbrarás a querer a don Remigio. No te fijes en la diferencia de edad. Se dice que en el amor no hay edades. Esta es una verdad incontrovertible. En el amor no hay más que sexos y hábitos.

Renata abogó a su vez:

—Además — dijo — compara la conducta noble de don Remigio con la indigna de ese joven. ¡Mientras aquél pide tu mano, el otro te hace cargar con una falta que no es tuya!

La joven se inmutó:

—Mamá, por favor — rogó — deja a Sergio en paz.

Los esposos Enríquez siguieron moliendo a Gloria con razones de toda especie, pero no lograron vencer la resistencia de su hija. Entonces entraron en otro terreno, y era precisamente el contrario. Hasta el momento le habían aconsejado por su propio interés; ahora se lo pedían por el interés de ellos. Era necesario

el sacrificio. Le hicieron ver el estado desastroso de las finanzas domésticas; pusieron ante sus ojos la visión de la miseria.

Gloria no se conmovía.

Entonces Renata, arrojándose a sus pies, le abrazó las piernas sollozando y gimiendo:

—¡Hija mía,, sálvanos, sálvanos!

—¡Basta, poor Dios; basta, mamá! — suplicó la pobre joven.

—¿Te casarás?

Gloria inclinó la cabeza abrumada. Luego dijo:

—Mañana les contestaré.

Y se retiró silenciosamente a su habitación, dejando una esperanza en el corazón de sus padres, mientras ella volvía a la soledad de sus lágrimas, de sus suspiros y de esas adorables e importantes bagatelas que son, en el abandono, la alegría y la tristeza de las enamoradas, por cuyos dedos desfilan constantemente como las cuentas de un rosario. Lo que hizo entonces ella en el misterio de su cárcel sentimental, pues vivía clausurada en su gabinete, toca inducirlo a los psicólogos. El simplífle narrador tiene que atenerse, para llenar la laguna, a un elemento que pasó a ser una fría pieza de sumario judicial. Una carta. Decía:

"Sergio:

Es la primera vez que te hablo desde que me dejaste. Respeté y acepté tu silencio terrible, porque yo sé, aunque hayas tenido la piedad de callarlo, que no me has dejado por mi hermana sino por mí. La falta de mi hermana no hizo más que revolver nuestro triste pasado, de horrible inexperiencia. Esto último no lo digo para justificarme. Digo lo que siento.

Mis padres quieren casarme con don Remigio. Reconóceme, por piedad, el derecho de no ser un desperdi-

cio, y acepta la prueba de amor que voy a darte. ¡Perdón, perdón!

Gloria".

Cuando retumbó la detonación en el gabinete de Gloria, los esposos Enríquez se precipitaron hacia él, empujados, por terrible presentimiento.

Gloria yacía en medio de la habitación con el cráneo destrozado, y junto a ella, como para dar pie a la moraleja, estaba caído un coquete revólver, con que Gloria solía tirar al blanco en la época de sus funestos y caprichosos esparcimientos de niña mal educada.

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y con este grito, lanzado con acento desgarrador, Renata se arrojó sobre el cuerpo inanimado de la suicida. El llanto acerbo y los movimientos desordenados de un dolor intenso, arrastraron los afeites de su rostro, revolvieron los cabellos que ocultaban en sabio peinado los blancos mechones, destruyeron la mentira de sus elegancias. Y de esta catástrofe de su juventud artificial, se vió nacer a otra Renata, con una belleza nueva, la belleza de la madre.

Pero el señor Enríquez, ante la escena lamentable, tuvo la revelación de que, en aquella tarde trágica, se ponía para siempre el astro de su fortuna.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

GLOSAS DEL MES

Juegos Florales de Paysandú

En atención a la solicitud que nos hace la Comisión Organizadora de los Juegos Florales que van a realizarse en Paysandú el 12 de octubre de este año, PEGASO cede las páginas destinadas al glosario del mes, para dar publicidad al programa y las bases de dicho certamen, destinado, indudablemente, al mismo gran éxito del que hace poco se realizó en la ciudad de Salto.

Juegos Florales en Paysandú: En conmemoración del Día de la Raza: 12 de octubre de 1921

Programa: 1.º Flor Natural: Poesía de tema y versificación libres; 2.º Eglantine: A la poesía que siga en mérito a la anterior; Segundo tema: Canto a la América, a la Raza o al Descubrimiento. Primero y segundo premio; Tercer tema: Trípticos de sonetos a España, a América y a Colón. Primero y segundo premio; Cuarto tema: Sátira contra vicios y defectos contemporáneos. Primero y segundo premio. Quinto tema: Poesía de estilo criollo. Primero y segundo premio; Prosa. Sexto tema: Un cuento. Primero y segundo premio; Séptimo tema: Narración de una leyenda o episodio histórico nacional o americano. Primero y segundo premio; Octavo tema: Estudio crítico de un poeta o escritor nacional fallecido antes de 1900. Primero y segundo premio.

Bases: 1.ª Los trabajos serán recibidos hasta el 31 de agosto de 1921, a lás 24 horas, en el local de la Sociedad Española de Socorros Mutuos — Paysandú (Uruguay) — Sud América. Serán dirigidos al Presidente de la Comisión de Juegos Florales. — 2.ª Podrán concurrir a este concurso todos los escritores residentes en el país, y los uruguayos cualquiera sea su residencia. — 3.ª Todos los trabajos — que deberán ser inéditos — se remitirán en un sobre sellado y lacrado, debiendo tener en su exterior el lema y tema a que el trabajo se refiera; y en su interior: *a)* el trabajo escrito a máquina, con el mismo lema del exterior firmado con seudónimo, *b)* otro sobre sellado y lacrado con el mismo lema en el exterior, que deberá encerrar el nombre del autor, el seudónimo y el domicilio. — 4.ª El jurado se expedirá a más tardar el 1.° de octubre, dando a conocer por sus lemas y seudónimos los trabajos premiados. — 5.ª El jurado tendrá plena facultad: *a)* Para declarar desiertos los temas que crea del caso; *b)* Adjudicar segundos premios sin otorgar primeros; *c)* Conceder un accésit o mención en cada tema. — 6.ª La apertura de los sobres conteniendo los nombres de los autores premiados se hará por la Comisión, después de expedido el jurado. Los autores premiados serán proclamados en el acto público que se realizará el 12 de octubre de 1921, previa lectura del veredicto del jurado. — 7.ª El autor premiado con la flor natural designará la Reina de la Fiesta, y, en caso de no hacerlo por cualquier causa, será designada por la Comisión Organizadora. — 8.ª Todos los concurrentes a los temas poéticos pueden optar al miemo tiempo que a los premios de cada uno de ellos, al de la flor natural, siempre que se exprese esa opción en el encabezamiento de los trabajos. — 9.ª La Comisión Organizadora designará con la debida anticipación los trabajos que serán declamados o leídos en el acto público del 12 de octubre, y para ese caso, los autores premiados pueden comunicar al Presidente de la Comisión antes del indicado día, la persona a quien deseen encargar de aquel cometido. No habiendo persona expresamente designada por el autor, ella lo será por el Presidente. — 10. Los trabajos en prosa correspondientes a los temas 6.° y 7.°, no excederán en extensión de diez páginas de block comercial. — 11. Los trabajos no premiados quedarán a disposición de sus autores por el término de quince días a contar desde la fecha de la fiesta, pasados los cuales serán quemados en presencia de la Comisión.

Notas bibliográficas

Cuentos del Río de la Plata. — Por Vicente A. Salaverri. — Editorial Cervantes — 1921.

La obra ya vasta de este escritor, que hace sólo algunos meses nos diera una novela de méritos tan sólidos como "Este era un país...", acaba de enriquecerse con este nuevo volumen de cuentos, que, sin duda alguna, dará lugar también a demostraciones tan entusiastas y unánimes de la crítica como la que originó aquella novela.

Comencemos por decir que, no obstante su título, este libro no tiene de regional más que el nombre de los lugares. Tampoco podría ser de otro modo, porque son todos cuentos localizados en las grandes urbes del Río de la Plata y bien se sabe que nuestras ciudades, a no ser en sus bajos arrabales, nada tienen de autóctono. Los protagonistas de estas narraciones, sus problemas, sus delitos, sus modales, son los de habitantes de cualquier gran colmena ciudadana y no sólo reflejan ansiedades y pasiones universales, sino que, la mayor parte de ellos, están profundamente impregnados de las angustias sociales contemporáneas.

Como es lógico suponer, no hay en esto ni el asomo de un reproche. Salaverri ha pintado nuestro ambiente y a los que en él viven tal como son, dentro del más estricto realismo; por consiguiente, el título del libro está perfectamente puesto y si alguno cree defraudadas sus esperanzas al no encontrar en él lo exclusivamente nuestro, es porque, volvemos a repetirlo, nosotros no tenemos nada o casi nada personal.

No queremos explayarnos sobre los méritos literarios y psicológicos de esta obra. Señalaremos sólo la habilidad técnica, el realismo, la desnudez del lenguaje, la originalidad de los temas, el humano ilogismo de las acciones, el lugar preponderante que ocupa lo imprevisto, la intensidad de los desenlaces...

Asimismo sería largo enumerar los cuentos que más nos han gustado. Hay una docena de ellos, entre los cuales el titulado "La huelga" se destaca netamente, que bastarían para cimentar una reputación.

No es de esto, sin embargo, de lo que deseamos hablar. Los grandes valores de este volumen están, a nuestro juicio, en la elocuencia con que nos hace ver la crueldad y la injusticia de mil actos que

cometemos e ideas que pensamos; no precisamente porque seamos malos, sino porque nuestra conciencia está llena de lagunas y prejuicios ancestrales y nuestras acciones subordinadas al imperio de un fatalismo oscuro pero tan real, que cuando se produce la tragedia queda la persuasión de que el culpable está colocado por encima de los hombres.

Sin ser tendencioso este libro está grávido de ese dolor y esa sorda hostilidad de las masas contemporáneas, productos de una injusta conciencia y de un desequilibrio social que parece haber llegado a su período crítico. En tal sentido puede considerársele dentro de esa literatura trágica y honda, florecida con la última guerra, que limitándose solamente a exponer los hechos, es, sin embargo, el más formidable alegato que pueda hacerse en favor de la renovación y el mejoramiento humano.

Y es, precisamente, esta fuerza ética del libro la que deseábamos hacer resaltar. — **J. M. D.**

Oro pálido. — Versos. — Por Andrés Chabrillón. — Concordia. — Entre Ríos. — 1920.

Versos de 1909 a 1916 van desfilando en este libro lleno de ensueño y de amor a la hermosura; versos que transparentan un alma férvida como la llama, joven como la mañana, idealizadora como el azul... Versos, acaso duros los primeros y opacos los segundos, pero dueños los últimos de exquisito sentimiento y de propia personalidad: versos que revelan una constante perfección lírica, señalada no tan sólo en el pensamiento, sino en la técnica, que de 1911 a 1914 progresa noblemente y que, ya al final del libro, adquiere singulares características.

Demasiado "literario" quizás, Chabrillón no ha conseguido aún la desnudez lumínica de la verdad y tiene todavía, "malgré" su corazón romántico, "vergüenza de mostrar las alas" porque "nada dice a los hombres la canción" ..

Destacados algunos otros detalles como éste, sólo nos resta por decir que Chabrillón es un poeta de verdad, refinado, musical, emotivo, — y que sus cinco sonetos de "Bajo la lámpara", por ejemplo, son intensamente bellos y recordables.

Con la misma cordial simpatía que leímos su libro, anotamos hoy estas líneas ligeras, más propias para brindar por su musa, que para cualquier otra cosa. — **T. M.**

El sendero iluminado. — Versos. — F. Bermúdez Franco. — San Juan. — República Argentina. — 1919.

Joven de diez y ocho años, según lo declara en la primera página, es este Bermúdez Franco que canta al sendero iluminado. Joven será, sin duda, pero su libro no trae juventud. Traerá tanteos, incorrecciones, influencias, que son juventud en cierto aspecto, pero viene con demasiada seriedad y con demasiada decepción para ofrecernos do-

nes primaverales.. Por el fondo del libro, hilado con espontáneo y fácil modo, pasa la sombra negra de la muerte tras la sombra blanca de la esfinge... Le gusta enredarse de problemas metafísicos, y es pesimista y cristiano, a pesar de cantarle alguna vez al carnaval o a la bailarina... Escribe esfinge, verdad, camino, perfección, con mayúscula. Ahonda en conceptismos y se diluye en vaguedades. En alguna composición llama "pajarraco" al aeroplano y lo desprecia porque no sabe detener el vuelo sobre la cumbre para contemplar la nieve, como hace el cóndor andino que se para en el viento... En alguna otra, usa y abusa de las repeticiones o colma la copa de ripios vulgares y giros antiguos...

Claro que un hombre de diez y ocho años es todo promesa y porvenir, y, por lo tanto, ya tendrá tiempo para triunfar sin apresurarse, cuando las frutas estén maduras... — T. M.

Ritmos heroicos. — Poesías de Alfredo Rossi Denevi. — Buenos Aires. — 1921.

Entre la algarabía multicolor de los poetas nuevos que en ambas márgenes del Plata levantan locos estandartes llenos de colorinches, he aquí un vate argentino que renueva los himnos épicos y decir prefiere sus emociones en la vieja trompeta de bronce bruñida al sol de la mañana...

La voz disuena en el ambiente y en la hora, pero la voz es pujante y bizarra. Denuncia una juventud romántica que se hermana en el eco lejano con la juventud que cantó a los cóndores en Andrade y a la libertad en Echevarría...

A sus verdes laureles, ¡salud!. — T. M.

Canciones de las ciudades y los campos. — Julián Silva Serrano. — Artigas. — 1920

Así como se titula "Canciones de las ciudades y los campos", este libro podría titularse cualquier otra cosa. Ni emoción de ciudad ni aire de campo tienen las páginas que lo componen. Hay solamente un alma joven que se inquieta de amor, de tristeza, de luna, de todas esas idealidades vitales y eternas. El verso libre que Silva Serrano ejercita con frecuencia bajo el rótulo de "poemas en libertad", tiene todos los vicios prosaicos de los que por estas alturas han ensayado ese género. Las composiciones rimadas que integran el libro serían vulgares, si de vez en cuando no alternara en ellas alguna que otra línea emocionada.

Además, falta comúnmente poesía verdadera, belleza recóndita, imágenes vivas, símbolos sugestivos, sentimientos hermosos: todo eso que las musas exigen a los poetas y que no puede, indudablemente, lograrse con "literaturas"...

... "De la musique avant tout chose" — ha de ser la poesía para nosotros, de acuerdo con la consagrada fórmula de Verlaine que tiene permanente actualidad. Y luego de conseguida la música hacen

falta la sencillez, la sinceridad, la síntesis, los matices, el pulimento constante de la estrofa, el uso puro del idioma y la espontánea personalidad... Son muchas y muy altas las condiciones, pero... ¡sin ellas, qué?...

Silva Serrano demuestra poseerlas y puede domeñarlas. A su juventud confiamos la esperanza que este libro de ahora nos provoca. — T. M.

Evaristo Carriego (su vida y su obra). — Por José Gabriel. — Buenos Aires — 1921.

Por fin vemos a uno de los más notables intelectuales de la Argentina explotando, de la mejor manera, sus extraordinarias facultades críticas. José Gabriel, que ha juzgado centenares (¡qué decimos centenares!: tal vez miles) de libros, incurría en la puerilidad de negar valores sistemáticamente, como si este exceso de dureza proporcionara certificado de autoridad.

Pero, de un tiempo a esta parte, notamos en él una más honda comprensión, no porque sus sentidos se hayan agudizado (agudo era el espíritu desde hace años), sino por un más real convencimiento de lo que la labor del buen crítico contemporáneo debe ser. Y, por este camino, aguardan a Gabriel muchas victorias. "Evaristo Carriego" es su primer estudio amplio, un estudio sereno, de firmes líneas arquitectónicas

Se empieza por presentarnos al poeta de las costureritas como "una vida simple", como un "espíritu esencialmente imaginativo, que sentía las cosas con una intensidad que le impedía afrontarlas airosamente". A ratos cronista del suburbio, a ratos Don Quijote. Como bardo díscolo no es gran cosa. Si surge sentimental nos cautiva:

> Así anda la pobre, desde la fecha
> en que, tan bruscamente, como es sabido,
> aquel mozo que fuera su prometido
> la abandonó con toda la ropa hecha.

No se entusiasma excesivamente Gabriel con su criticado. Sabe que está haciendo el balance artístico de una figura; le interesa fijar el valor de Carriego dentro de la poesía argentina. Por eso, en el Capítulo II, hace un bosquejo de aquélla. No sabemos cómo van a tomar Lugones y Rojas ciertas apreciaciones crudas de Gabriel, que les atañen personalmente. Sin embargo, ellas trasudan sinceridad. Al fin queda proclamado Carriego poeta típico, con personalidad suficiente para resultar inconfundible, de Buenos Aires. Este capítulo histórico, conceptuoso y apretado, cimenta bien el estudio que comentamos. En el siguiente, se glosa la producción del poeta. Gabriel explica los muchos ripios que hay en las composiciones de Carriego, por su apego a las viejas formas de ver y de sentir. Ya cerca del final del libro, vemos la transformación del autor de "Misas Herejes", que "de mal poeta modernista, plagado de literatura e imitador poco feliz del sentimentalismo en auge, pasa a ser un discreto poeta suburbano, lo-

cal". Su característica es esta: "un realismo sentido, directo, que nos da una intensa sensación de vida".

Estamos conformes, en todo, con el contenido de la obra de Gabriel, que evidencia un ponderado equilibrio. Apenas si las "Notas marginales" se nos antojan allí superfluas. En fin, son bellas, y se pueden admitir, pero rompen la línea sobria y grave que tiene el resto del libro. De la madurez de José Gabriel puede esperar mucho bueno la crítica literaria de todo el Río de la Plata. — **V. A. S.**

Los Voluntarios de la Libertad. — Por Alejandro Sux.—París.—1921.

Bien se ve que el autor de "Cantos Rebeldes" no se ha preocupado ni poco ni mucho de hacer literatura en esta obra. Es un libro fragmentario, sobremanera roto, que se ocupa de todos los sudamericanos que fueron a Francia para oponer generosos su pecho ante el avance del invasor teutón. No sólo figuran los soldados, sino que también los médicos, los que fundaron hospitales de sangre tras las líneas de fuego, los que propagaron el verbo de la libertad.

A varios años de distancia, las cosas todas de la guerra nos entusiasman menos. Aquella hoguera, que fué nuestro castigo, no nos ha redimido de ningún pecado. La humanidad continúa salvaje. El hombre ha sido, y, por lo visto, seguirá siendo, un lobo para el hombre. Se explica, pues, nuestra desilusión.

Sin embargo, fuera injusto negar la importancia que para muchos ha de tener este libro que narra heroicidades de americanos en la guerra y nos ofrece la nómina de todos los hijos del continente que pelearon por la... libertad... de Francia, que, por cierto, no se traduce en bienestar para todos los franceses. Bueno será ir reduciendo los entusiasmos patrióticos, para que no se vea, hasta a quienes pasaban por hombres libres, corriendo tras esas falaces entelequias que llegaron a deslumbrarnos: la Justicia, el Derecho, la Libertad. ¡A quién van a engañar otra vez los políticos? — **V. A. S.**

El libro del cabello de oro, de los ojos celestes y de las manos blancas. — Por Rafael Lozano. — Méjico. — 1920.

Presentación y contenido acusan un afán de originalidad que fuera cruel criticar. ¿Por qué nuestro equilibrio, más o menos discutible, ha de quererle poner contrapisas al vuelo de los otros? Al contrario, debemos gozar con esa desemejanza que hace más atrayente la pompa trabazón del bosque literario americano. ¿Queréis acabar con toda la belleza de un cielo nocturno? Pues distribuid con equidad las estrellas; hacedlas todas equidistantes, iguales; ponedle fulgores a este satélite y sacadle potencia a aquel deslumbrante planeta. ¡Oh, no! ¡Apolo nos libre de la aplanante monotonía!

Nada más lejos de nuestra cuerda que esta modalidad estilizada hasta lo extravagante, de Rafael Lozano, "El flautista azteca", como él quiere aparecer con este símbolo:

Mi ser interior canta tristemente en su quena...
—Es un flautista azteca que ha hechizado a la luna;
llora el mismo pecado que tentó a Magdalena
e igual que un monje, reza, canta psalmos y ayuna.

Y allá más adelante:

Silba tenaz la víbora por la caña que toca;
sigue el flautista hilando la canción de su boca
—como con hilos de oro la espiral de una rueca... —
Desenvuelve de nuevo sus giros la serpiente...
De pronto queda inmóvil, enroscada y silente,
sus ojos verdes fijos en el flautista azteca.

Este volumen de versos tiene para nosotros un no sé qué de extraño, porque se amalgama en sus páginas lo salvaje y lo civilizado, lo aborigen y el más moderno refinamiento inglés. Rafael Lozano nos parece a ratos un dandy londinense, que ama o se carga de esplín, y, en ocasiones, uno de esos indios aztecas que han descompuesto su gesto indolente en los toros, ante un pase de muleta o una verónica magistral del espada Gaona. — **V. S. A.**

Fiesta de trovadores, que cantan a la mujer y sus gracias, convocados por Emilio Menéndez Barriola. — Buenos Aires. — 1920.

En jardín de Watteau, con luna de porcelana y estrellas de diamante, vienen los trovadores cantando a Venus bella o a Isaura redivina... Eros vaga con ellos y concita la música de las mandolinas, el rondel de los ruiseñores, la fragancia de los madrigales... No en tanto los prolijos cuidados del mantenedor, la terraza se puebla de dandys de cartón, de vendedores de quincallería, de colegiales insípidos, alternando con Rubén Darío, con Juan Ramón Jiménez o con Amado Nervo. Es cierto que los hay desconocidos que van cantando en rimas de oro, y otros que sólo dijeron la canción de los cisnes, y otros que anuncian el alba gloriosa: pero es cierto también que faltan muchos de la más pura estirpe junto a tantos que se dieron por invitados... Todo ello, no obstante, el corazón reconoce la labor de Menéndez Barriola y elogia su nocturna fiesta de pleito homenaje a la belleza...

... Harmoniosa cosecha de paciente faena y de claro entusiasmo que una estrella preside y un ardor evidencia... — **T. M.**

De mi block. — Por Pedro Erasmo Callorda. — Méjico. — 1921.

El blando regalo de la carrera diplomática y la misma condición de su ejercicio, suelen contener mucho daño para la fecundidad de las inteligencias activas; pues el dulce vagar, y el continuo trato de otros espíritus selectos, y el espectáculo de incesantes cambios presentado por las sociedades en que se actúa, deben obrar curiosamente, incitando a una labor que nunca se realiza, en la esperanza de verla cada día superada.

Este es, tal vez, el caso de Pedro Erasmo Callorda; pues si bien

ya un día, ya otro, nos manda algo de las tierras en que tiene la representación de nuestro país, no podemos tomar eso como fruto sazonado a la luz total de un espíritu que mayores cosas prometió. Cierto que el Brasil, donde se primero anduvo, no es tierra de "nuances"; y el ánimo criado en nuestra suavidad, en las dulces medias tintas de nuestro vivir sensitivo y físico, padecerá allí, donde el sol ardiente volatiliza los matices y resalta brusquedades, en cuya violenta belleza el tiempo roe s difícilmente.

¿Méjico podrá ser más favorable? Tierra que se nos aparece tocada de un halo de leyendas, precedida por fragor de tragedias, tierra de instabilidad, ¿cómo en su algazara podrá el ánimo disponerse a escucharse?

•

Más apartado en un recodo de su vía, dió, cierta hora saudosa, por hurgar en su "mochila de peregrino" y allá en lo más remoto andaba el puñado de tierra de mi patria, que este libro es.

Callorda solamente reunió páginas en las que el diplomático se constriñó a exaltar valores espirituales; es decir, a evidenciar lo único insustituible y valedero en el curso de los tiempos; y otras páginas de su vida de legislador, que lo muestran cuidando vestigios de quienes hicieron la patria, y velando por alguien que podía prestigiarla. Aunque diversas, igualmente altas y nobles maneras de exteriorizar un acendrado culto al terruño; y el mérito de ese culto se acrece al denotarse en forma tan continuada como revela ese libro.

•

Esto no nos compensa totalmente de la obra que el señor Callorda prometió; no nos compensa, pero nos agrada, y más aún, casi nos complace, pues en la detenida lectura anotamos reiteradas declaraciones de que el autor sigue a considerándose estudiante; y también, de que responderá al honor que le hizo la Universidad de Méjico componiendo algún trabajo de meditación y estudio.

Y en que esto suceda consistirá nuestro placer. — **E. S.**

Las mejores poesías de los mejores poetas. — Musset. — Editorial Cervantes. — Barcelona. — 1921.

No es posible dejar de alabar la obra de divulgación de los grandes númenes líricos en que está empeñada esta conocida Editorial.

Este volumen está dedicado a Musset y nos presenta traducidas al castellano las mejores, o, por lo menos, las más famosas poesías del célebre autor de "La confesión de un muchacho del siglo".

No hace mucho — con motivo de la traducción al italiano del "Tabaré", de Zorrilla de San Martín, hecha por Folco Testena — tuvimos oportunidad de hablar, en estas mismas páginas, sobre la cuestión tan debatida de la posibilidad de pasar a los poetas de un idioma a otro, conservándoles íntegramente su esencia.

No insistiremos, pues, sobre estute punto, ni sobre otro término del problema que también podría dar ancho margen al comentario y que se refiere a si se deben hacer las versiones líricas en prosa o tratando de no destruir el ritmo y el metro originarios.

Por hoy nos limitaremos a dejar constancia del loable esfuerzo de esta Editorial y de su tacto para elegir los traductores, todos ellos altos artistas, enamorados de su labor y dejando la persuasión, a quienes conozcan al poeta en su lengua original, de que difícilmente podría ser, en verso, vertido con más fidelidad a nuestra lengua. — **J. M. D.**

La Dicha y el Dolor. — Poesías. — Por Fernando Maristany. — Barcelona. — 1921.

En la moderna poesía hispánica el nombre del autor se ha impuesto y su fama ya ha trascendido largamente por estos países de América.

La silueta de este poeta es altamente simpática: se trata de un espíritu bello anidado en un cuerpo púgil y capaz de gallardas empresas ideológicas. Lo que podría llamarse un poeta total, en el sentido de que se da íntegro a la belleza: cerebro, brazo y corazón. Así al menos tenemos el derecho de representárnoslo los que lo vemos tan pronto escribiendo bellos poemas de rasgos personalísimos, como abordando la engorrosa y mal paga tarea de traducir las poesías del genio extranjero o tratando, con un tesón verdaderamente yankee, de divulgar las obras ajenas. A propósito de esto séanos permitido resaltar, con cierto orgullo patriótico, su intención de hacer conocer en España, por intermedio de la Editorial Cervantes, la obra de Juana de Ibarbourou, una de nuestras más grandes poetisas lugareñas.

Es difícil dar un juicio sintético sobre este libro, porque Maristany es un poeta complejo, de tendencias múltiples y que reacciona de maneras distintas y hasta paradojales; y esto no sólo en lo respectivo al sentimiento sino también a la expresión.

Romántico a las veces, intensamente realista en otras; ya curvo, ya recto en el decir; amando aquí las medias tintas, allá el color violento; ora reflejando estados de alma supersutiles, ora de simplicidad silvestre; en unos lados cantando porque sí, en otros derivando hacia lo filosófico y trascendente: así parece ir el poeta como un hombre que no ha encontrado su senda definitiva o, mejor quizás, que ha llegado a la suprema sabiduría de entender que todas las sendas tienen bellas cosas que mostrarnos y que aquello de encastillarse en un sitio, creyéndolo el vértice de las aspiraciones, sólo revela una tendencia a la momificación.

Dos cosas, sin embargo, perduran en "La Dicha y el Dolor", y nos parecen los rasgos personales de este poeta: el humanismo y cierta natural distinción aristocrática que flota alrededor de todos sus poemas. — **J. M. D.**

La literatura gauchesca en el Uruguay —Por Domingo A Caillava— Montevideo — 1921

No creemos, como el autor dice, que exista desdén para "nuestras cosas antiguas y locales" Ese "desprecio de las cosas del terruño" es un fantasma pues, en la realidad de nuestra vida, si nos dejamos fascinar excesivamente por lo de más allá de las fronteras, es que eso corresponde a nuestra formacion étnica y a nuestra civilización urgente, cuya avidez reclama elementos a todos los puntos del planeta

Dia llegara para examinar lo guardado entre los cuatro muros del solar, y en su provecho habremos vagado por las tierras extrañas, templando nuestro espíritu para defenderse de las admiraciones ligeras y de las incongruentes magnificaciones

•

Se robustece nuestra esperanza en la aproximacion de esa hora viendo la aparición, si bien esporadica no menos auspiciosa, de trabajos como este mismo del señor Caillava, estimable aporte al estudio de nuestra literatura, valioso comprobante de la rica via abierta a la curiosidad de nuestros trabajadores

Suscitará otros esfuerzos, y tal vez germinará en el ánimo del autor anhelos de perfeccion Pero mientras, cabe elogiarlo así, tal cual se presenta, y más en grado de "catalogo razonado de las publicaciones de índole gauchesca", que aceptando las premisas del exuberante introductor

Si nosotros usaramos acribia, ya que no los ácidos gastados en el proemio tratando de textos nacionales, pusieramos en las páginas del señor Caillava muchos escollos justificando reparos

•

Mas no cuadra eso, cuadra ver la posicion de estas páginas dentro de la vasta incógnita que es el tema, en ese modo aparece con claridad el conjunto de razones que condensamos en nuestro franco y amistoso elogio — E S